

Una mirada desde abajo

La horrible noche. El conflicto armado colombiano en perspectiva histórica

FORREST HYLTON

Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín, 2017, 201 pp.

ESTE LIBRO vio la luz en inglés en 2006, en los Estados Unidos, y más tarde fue traducido al francés y al portugués. Tras once años a la sombra en Colombia, fue vertido al español y editado al fin en 2017 en Medellín por la Universidad Nacional de Colombia.

Es un hecho que explora temas sensibles, por ejemplo el papel de los Estados Unidos en el descalabro del país, gracias a los tratados de libre comercio y a la asistencia financiera y militar de sus gobiernos en la guerra contra las drogas, que es una guerra, a fin de cuentas, contra los campesinos pobres de Colombia, y el papel del Estado “durante toda la vida republicana y nacional”; en la producción del terror, que “ha suministrado el oxígeno sin el cual el terror insurgente ‘no podría arder por mucho tiempo’” (p. 21, Hylton cita a Jon Wiener, ‘Mike Davis talks about the ‘Heroes of Hell’ ”). Al lado del tema de las guerrillas, entra en juego el de los paramilitares, quienes, con la complicidad del Ejército ahí donde operaban, llevaron a cabo una gran contrarreforma agraria desplazando población y expropiando “cerca de cinco millones de hectáreas entre 1997 y 2003” (p. 167). ¿Cuál era su función en el campo?

Lo que pasó en Urabá muestra cómo el desarrollo agroindustrial, las extensas haciendas ganaderas y la producción y el transporte de cocaína iban de la mano con un proyecto paramilitar de conquista de territorio regional, el cual consolidó los patrones de dominio racial y explotación de clases derivados del colonialismo. (p. 134)

El narcotráfico permea todos los temas, ya que, con él, comprometidos, están muchos grupos civiles y políticos y todos los grupos armados, paramilitares y guerrillas, incluido el Ejército que recibe la ayuda del Plan Colombia y una tajada grande del presupuesto para librar la guerra contra las gue-

rrillas y contra las drogas.

La horrible noche anuncia el tono al abrirse sobre la marcha, a finales de 2005, de “trescientos representantes de resguardos indígenas y comunidades afrocolombianas” que confluyeron en Quibdó para ver cómo se las ingeniaban “para sobrevivir en una guerra donde ellos, o más bien las comunidades que representan [...] son el blanco” (p. 19). Resulta que “las comunidades y resguardos estaban desposeídos por el accionar de tres grupos: las insurgencias armadas, las contrainsurgencias narco-paramilitares y las Fuerzas Armadas colombianas junto a la Policía Nacional” (p. 20).

Se nos pone de presente en este libro, escrito por un extranjero, un fenómeno que aterra en Colombia, sobre todo a investigadores de los Estados Unidos citados a menudo por Hylton: la condición de las comunidades negras en el Chocó, uno de los departamentos más ricos de la nación, y la de los pueblos indígenas ahí donde aún sobreviven en muchas regiones del país: todos “estos grupos han vivido bajo peligro de extinción” (p. 19). Las garantías y derechos, ¿para qué sirven?

Más de una década después de la conquista de la ciudadanía, el departamento del Chocó aún tenía las tasas más altas de pobreza y mortalidad infantil en un país en el que más de la mitad de la población vivía en la pobreza, sobre todo en el campo donde el nivel llegaba a 85%. (p. 20)

Esta aberrante y desolada condición de negros e indígenas no sería sino una manifestación del racismo exacerbado practicado por el Estado colombiano y por las fuerzas encarnadas en la economía, en los partidos políticos, en los grupos insurgentes y contrainsurgentes, y aun en muchos negros con poder regional.

La Comunidad de Paz de San José de Apartadó, igual que los resguardos, por su resuelta determinación de que todas las fuerzas armadas la dejaran al margen del conflicto, se convirtió en blanco de estas fuerzas. A febrero de 2005 se “elevó a 152 el número total de miembros de la Comunidad asesinados (19 de ellos a manos de las FARC)” (p. 175). Voceros

de la comunidad declararon el 12 de junio de 2005 que la fuerza pública ha actuado “en forma descarada con el paramilitarismo” cometiendo un “crimen de lesa humanidad contra la comunidad” (p. 177).

A lo largo del texto se nos muestra el lazo, decisivo y determinante, entre desarrollo económico y violencia. Se ilustra bien este fenómeno en el caso de la explotación del banano en Apartadó en las décadas de 1980 y 1990, cuando los antiguos campesinos, desarraigados de sus tierras y convertidos en proletarios pobres, llevaron del bulto en medio de los combates entre las FARC, el EPL, los paramilitares y el Ejército por el control del territorio (pp. 121-122). Desarrollo y violencia constituyen el yugo de los campesinos pobres, así lo muestra Hylton de manera inequívoca, puesto que el auge de la economía exportadora-importadora bajo las leyes del neoliberalismo y los tratados de libre comercio con los Estados Unidos acabaría por arruinar al campesino colombiano, incapaz de competir con los precios de los productos agrícolas importados y sin buenas vías terciarias, o sea con altos costos para llevar sus productos al mercado, óptimo candidato entonces, en muchas regiones periféricas, para cultivar la hoja de coca, cuya distribución y venta está asegurada. “Durante la década de los noventa, las importaciones de alimentos se triplicaron de 215 millones de dólares a 715 millones de dólares. El área cultivada de coca también se triplicó en la segunda mitad de aquella época” (p. 125). No podía ser más directa “la conexión entre las políticas agrícolas neoliberales, las cuales exacerbaban el declive del campo a largo plazo, y la expansión de cultivos ilícitos bajo la soberanía insurgente” (p. 126). De esta manera, en el país neoliberal, el manejo de los problemas del campo y de las drogas resulta fatalmente paradójico.

El tema de la guerrilla de las FARC está ligado en este texto a la cuestión de su “legitimidad”, dado el carácter altamente excluyente y represor de los gobiernos, y a la cuestión de su “pérdida de legitimidad” en los años noventa, según el autor, en la misma medida en que creció. En realidad, el *daño* de las FARC, cuando la guerrilla deviene bandidaje, era antiguo, desde

los primeros secuestros, en muchos casos con el asesinato del secuestrado después de pagado un rescate. En la cita que sigue, ahí donde dice “contra-insurgencia” debe decir “insurgencia”. Gracias a este contradictorio desarrollo de las FARC, “los opositores de la contra-insurgencia se propagaron e incrementaron con asombrosa velocidad y aceptación entre 1997 y 2005 [...]” (p. 188).

Sorprende que Hylton pretenda distinguir el “terrorismo” practicado por el Estado, por su ejército y por los paramilitares y lo que es práctica común de las guerrillas: “Aunque las guerrillas hacen uso de tácticas terroristas como la utilización de bombas, el secuestro, el asesinato colectivo y la extorsión, estas no se pueden comprender calificándolas de ‘terroristas’”. Se empeña en distinguir entre dos formas de lo siniestro: “[...] los ataques insurgentes [¡Bojayá-2002!] y la intimidación a comunidades afrocolombianas y resguardos indígenas no se comparan con la cantidad de violaciones a los derechos humanos cometidos por la organización paramilitar AUC (Autodefensas Unidas de Colombia)” (p. 21). Es como tratar de atenuar el carácter ultracriminal del estalinismo, en comparación con la cantidad casi infinita de aberraciones practicadas por los nazis.

Nos encontramos con un tema clave, que no deja de extrañar y de inquietar: la indistinción entre civiles y combatientes, fenómeno que se presentaría a raíz de la caída de las Torres Gemelas en septiembre de 2001 (p. 150), y que es antiguo, cuando el esquema clásico de la guerra que confrontaba dos bien marcados antagonistas dio paso, al final de la guerra fría, a una guerra que separa víctimas y victimarios, ya que son guerras contra “el enemigo cualquiera”, este aparecerá en cada caso; la población del Salado en el año 2000, por ejemplo, acusada por los paramilitares, y por las fuerzas armadas cómplices, de ser colaboradora de las guerrillas.

Hay algo que se reitera a lo largo del texto como un ritornelo y que haría singular el caso colombiano: la extrema polarización entre unas élites conservadoras radicales que han gobernado el país y una izquierda radical que aboca en guerrillas del monte a

partir de 1964, y las consecuencias de esto. Las guerrillas, junto con la extrema represión de la derecha, habrían sofocado la construcción de un movimiento urbano de izquierda radical no armada con suficiente poder para dirimir en el manejo económico y social de los gobiernos, pues cuando este movimiento amagó levantar la cabeza, caso de la Unión Patriótica en los años 1980-1995, le fue cortada por una confabulación entre agentes del Estado, antiguo DAS y Ejército, y los narcotraficantes-paramilitares (pp. 114-115, 188).

El autor se muestra todavía demasiado apegado al enfoque bipolar en su reflexión sobre la historia de Colombia, entre liberales y conservadores, entre guerrillas y Ejército o entre guerrillas y paramilitares, entre violencia guerrillera y violencia terrorista. Estas particiones acabaron siendo vagas, “borrosas”. En las masacres perpetradas entre 1991 y 1994, cuando “cayeron abatidos 274 militantes de Paz y Libertad (el partido político del EPL), principalmente en manos de las FARC”, Hylton encuentra que “los límites entre violencia política y criminal se volvían cada vez más borrosos” (p. 122). Y ocurrió que “bajo las condiciones de la guerra fría en Colombia, un referente compartido, el anticomunismo, fue suficiente para unificar a los dos partidos” (p. 85). Había algo más que los igualaba: a mediados del siglo XIX el Partido Liberal llevó a cabo importantes reformas radicales; sin embargo, “en este escenario, las comunidades indígenas, vistas como parte de un legado colonial pernicioso que debía ser superado, no hallaron cabida” (p. 40). Y ¡qué curioso!, pasaban cosas como que “durante la segunda fase de *La Violencia* en Antioquia (1950-1953), las guerrillas liberales y la *contrachusma* conservadora nunca se enfrentaron entre sí, sino que cada cual atacaba a la población civil” (p. 85, los destacados son del original).

Sin duda alguna el libro aporta consideraciones valiosas, raras en la historiografía local que suele pasar por alto el papel del Estado colombiano en la producción del terror, y el de los Estados Unidos en la desestabilización del país.

Rodrigo Pérez Gil